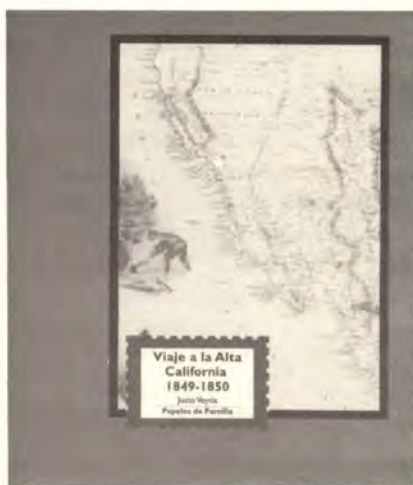


Salvador Rueda Smithers

Justo Veytia

*Viaje a la Alta California,
1849-1850*México, INAH (Papeles de Familia),
2000.*Oro de buena ley*

“Todo comenzó una tarde del mes de enero de 1848, cuando un carpintero llamado James Marshall encontró lo que creía que eran motitas de oro en el saetín del molino de John Sutter, próximo a la confluencia de los ríos American y Sacramento”. Con este relato anecdótico, el escritor Timothy Green explicaba el primer estallido moderno de uno de los fenómenos más antiguos y recurrentes de la historia: el descubrimiento de una edénica tierra hecha de oro, que ofrecía sus riquezas relajadamente. Como los anteriores paraísos minerales, éste, novedoso, se ubicó con precisión geográfica en el confín del mundo, en un sitio que hasta la segunda década del siglo había sido “provincia fantasma del imperio español”, para tomar la frase del

novelista V. S. Naipaul, y apenas unos meses más atrás, en 1847, rincón de México.

La deseada orilla del universo estaba en la Alta California. Hasta ese momento, lejano lugar de indios inciviles, de misiones simples de adobe, ajeno a la grandeza ornamental que dio fama a las construcciones barrocas beneficiadas por la producción de plata, punto final del único camino terrestre que lo comunicaba con los centros poblacionales del orbe civilizado. Como cualquier paraíso, el suyo tapizado de oro también fue fantástico y atractivo. Al igual que todos, llamó con eficacia al ensueño y a la aventura. La apuesta era la vida misma. Fue un riesgo que miles de hombres jugaron.

El fenómeno histórico lleva el memorable nombre de “la fiebre del oro de San Francisco”. En su momento conmovió esperanzas y fantasías que parecían dormidas. Combinó al oro como promesa e intención con el afán de botín y la fe del milagro.

La noticia de tales abundancias corrió rápida y extensamente, como epidemia de ambición: se dijo que un amplio placer aurífero cubría las tierras californianas cercanas al puerto de San Francisco, territorio hasta hacía poco apenas explorado, más como frontera contra rusos y norteamericanos que como posibilidad real de bonanza económica. No es posible menospreciar sus efectos en el alma de comerciantes, labradores, artesanos y soldados: la codicia, según reportó el

periódico *San Francisco Californian* en 1848, cambió la vida de la gente de la región, como el molinero Sutter y los descendientes de los pobladores novohispanos avecindados en aquel confín. La nota se reprodujo en otros países, y pronto mexicanos, chilenos, franceses, ingleses y norteamericanos se asentaron en las márgenes de los ríos y en el puerto mismo, con la fe puesta en la escuchada exageración: se recogía el oro “a paladas”. Riqueza tan fácil de obtener como infinita era la promesa; la única dificultad, según entendieron muchos lectores de los diarios de la época, era llegar a los remotos campos de ese nuevo El Dorado.

En Guadalajara, ciudad tranquila, cabecera de los intercambios comerciales de haciendas que ajustaban sus rutinas cotidianas a los vaivenes de los centros productores de plata, un grupo de jóvenes tapatíos debió leer y oír del portentoso lugar en ese 1848. La fiebre les contagió su equívoco entusiasmo. Dos de ellos, Justo Veytia y su amigo Ignacio, planearon aventurarse, tentar a la suerte. Armados de confianza, decidieron buscar fortuna. Eran las primeras semanas de 1849. A partir de entonces podemos seguir sus pasos: Justo Veytia pensó útil escribir un diario de viaje, una crónica de su propia historia. No sin gusto:

Mi corazón —escribió en las primeras líneas del diario personal— se dilata al contemplar que voy a atravesar los mares, que voy a conocer países

lejanos, diferentes gentes y diversas costumbres; que sufriré ciertamente muchas penalidades y me veré expuesto a mil peligros, pero que al fin seré premiado de todo esto con un porvenir pronto y brillante, al que es preciso para alcanzarlo pasar por todos estos escollos y dificultades en que se cifra el principal mérito cuando se acometen aventuras de este género; aventuras que tienen no sé qué atractivo para mí por lo romántico y novelesco y cuya consideración en vez de arredrarme me anima y exaspera más y más mis deseos de conocer el mundo y probar fortuna lejos de mi país.

Sin embargo, la realidad muy pronto templó los ánimos de los jóvenes.

En su primera parada con rumbo al puerto de San Blas, en el poblado de Amatitán, tres ajusticiados, colgados del cuello, anunciaron que la naturaleza de las cosas respondía a normas alejadas del sentido bucólico que le adjudicaban los románticos. Era, de hecho, cruel, ajena a todo sentimiento de piedad. Tal fue el primer paso en el camino del endurecimiento espiritual de Justo Veytia. El principio del final de la fantasía.

Los relatos del aventurero narrador y de su amigo se siguen con sobria claridad a lo largo del diario. Baste adelantar aquí que este texto logra compartir el estado de ánimo que rodeó su azarosa escritura. Vale la pena, sin embargo, extenderse un poco más sobre la lectura intertextual de sus páginas, sobre las medidas de su factura. En primer lugar, se hace evidente que el protagonista del drama es también el gran ausente: el oro, señuelo y motivo de la aventura, nunca aparece. La suerte lo negó. En segundo término, los momentos de la escritura, casi siempre nocturnos, que hacen del destino del espontáneo minero jalisciense y de sus amigos un hecho consumado, un acontecimiento que no es dable borrar. Por último, los ritmos del mundo, tiempos que hoy se han olvidado.

Pulsaciones amplias, largas, de distancias que hoy son incomprensibles pero que antes hacían al mundo más grande. Por ejemplo, el camino de Guadalajara a San Blas, que sin premuras se cubría en poco más de dos semanas; o la ruta marina de San Blas a San Francisco, plagada de incomodidades soportadas a lo largo de un mes de viaje. Las medidas de Veytia señalan, asimismo, el tamaño de la aventura en el confín americano: habiendo salido de Guadalajara el 9 de febrero, llegaron a San Francisco el primer día de abril y no tocaron las arenas ribereñas que escondían las pepitas de oro sino hasta cuatro meses más tarde, el 10 de julio.

Un paréntesis en la lectura permite la comparación: poco más de medio siglo antes de este viaje, la corona española organizó las expediciones de reconocimiento al puerto de San Francisco; la aventura naval de entonces fue terrible: los marinos enfermaron de escorbuto y su costo en vidas fue muy alto. Las tecnologías de navegación eran en 1849 menos contingentes, y multitud de barcos de todos tamaños costeaban el Océano Pacífico a lo largo de toda América. Esta vez, Veytia y sus compañeros de viaje sufrieron por la descostumbre propia de los habitantes de tierra adentro: el mareo fue su estado corriente a lo largo de quince días, a bordo de un navío de bandera peruana.

La búsqueda de fortuna no fue agradable. Tampoco exitosa. El diario, entonces, reflejó los ritmos de un hombre que se hizo maduro a golpe de desventuras. Demora su narración en las incomodidades sufridas, las dificultades para relacionarse con los extraños, la hostilidad hacia los mexicanos, recientemente convertidos en enemigos de los dueños de la Alta California. También relata los pormenores de un paisaje abrumador y extremo: vientos gélidos llegados del mar, ríos lodosos, lluvias todo el tiempo, mosquitos, garrapatas, coyotes y osos que poblaban una naturaleza indócil. El pa-

norama humano no era mejor: indios de carácter impenetrable, competencia entre los gambusinos ensimismados en sus labores, expuestos a los aguaceros tanto como a los ladrones, la sorpresa de un oro que no se obtenía “a paladas”, robos —como el de sus relojes, que tanto lamentó—. Alrededor, la ciudad de San Francisco que crecía, con sus casas de madera, sus garitos, sus tiendas generales, sus bizarros sitios que abrigaban por igual a marineros, desertores, truhanes tramposos, buhoneros, mineros arruinados, comerciantes enriquecidos, agentes gubernamentales que también eran empresarios y una multitud de hombres de otras tantas naciones que vivían en el puerto y sus cercanías sin tiempos fijos. Esa Babel de madera pagó el costo de su desorden: en la Navidad de 1849 un incendio devoró parte de los edificios. Casi al término de su relato, con cierta carga de desencanto, el incidente es expuesto por Veytia de manera puntual.

El minero improvisado en Santa Cruz, sitio cercano a San Francisco, pronto cambió la ambición de oro por la simple supervivencia y las ganas de regresar a Guadalajara. Ganó el cansancio; traslados largos, costosos e inútiles; hospedajes forzados en rancharías extrañas; peligros sin fin en ríos y bosques; contactos difíciles con hombres de culturas ajenas, incomprensibles; lluvias y fríos que acompañaban malas comidas, accidentes y enfermedades; temores y nostalgia; todo ello, expuesto a manera de confesión, decidió a Veytia a reorientar sus rumbos. No por gusto. Dejó de lado la batea del gambusino y, no sin durezas, tomó la hachuela del carpintero que ofrecía tejamaniles para las casas que poco a poco daban rostro al paisaje de San Francisco y sus alrededores. Nada vergonzante hubo en soportar reveses de la suerte. Menos aún cuando la carencia y la melancolía, atroces en sí mismas, no doblegaron al aventurero ni le trastornaron los valores morales que se adivinan fueron labrados desde la infancia. Valores que

NOTAS

corren casi sin sentirse, subterráneamente, que son el invisible pero real cuerpo de las mentalidades, con sus gestos, modos y costumbres reconocibles. De hecho, las conductas guiadas bajo esos códigos morales fueron signos de identidad cultural: tal era el comportamiento de los paisanos de Tepic y Guadalajara en particular, y de los mexicanos en general. No faltan las muestras de apoyo y solidaridad de los embarcados en la aventura del oro, entre quienes, por cierto, no aparece ninguna noticia a los que la fortuna hubiera favorecido.

Nadie puede simular la felicidad; tampoco disfrazar la tristeza. El diario trasluce dificultades diarias en una secuencia que parecía no tener final. El grueso del escrito es la lucha contra la desesperación. Tan sólo en un par de pasajes se mira a un Justo Veytia que da permiso a su sensibilidad para describir el contorno que lo abrumaba, agradecido de un Dios inescrutable que vive en el Universo visible en las estrellas, en quien deposita la fe en su futuro inmediato. Un Veytia optimista y alegre, que podía dormir —a veces— sin las zozobras, sin la ropa mojada, sin ocuparse de los parásitos, sin el miedo al robo y a la muerte. Dos pasajes que, es fácil imaginar, disfrutó al momento de describirlos. Son, además, algunos de los más largos del diario.

Es posible hacer un pequeño balance general de las circunstancias históricas que rodearon la aventura californiana de Justo Veytia. Por lo pronto, el despertar moderno de la economía en la cuenca continental del Pacífico significó la bonanza de muchos puertos, desde Chile hasta el mismo San Francisco. Favoreció el establecimiento de casas comerciales

que desdoblaron su prosperidad al surtir a los buscadores con productos agrícolas, aperos de labranza y herramientas. También fue génesis de otro tipo de consumidor: el lector de relatos de aventuras, de crónicas de viaje cargadas de anécdotas y sorpresas, creadoras de un mundo rudo pero compensador, constructoras de héroes tan violentos como admirados.

En julio de 1849, las noticias que aparecían en los diarios mexicanos buscaban atemperar la febril ansia de riqueza fácil. *El Monitor Republicano*, por ejemplo, reportaba declaraciones del cónsul norteamericano y agente naviero en Monterey, Thomas Larkin, y del comandante de la escuadra norteamericana del Pacífico, el comodoro Jones. Las notas decían que si bien el oro era abundante, la carestía, la escasez de moneda, las enfermedades y el exceso de trabajo en climas demasiado rigurosos habían convertido al paraíso minero en un infierno de hombres descastados, viciosos y rudos. La verdadera fiebre resultó del mercado enrarecido por la inflación: la mitad del oro que se obtenía cambiaba de manos diariamente sin mostrar el esperado rostro razonable y progresista. Era riqueza sin control, arrancada a los ríos por el ejército loco de improvisados mineros, que se perdía entre comerciantes inescrupulosos y jugadores de baraja de honestidad dudosa. El hambre cotidiana, la falta de higiene, los bandoleros, las partidas de indios hostiles, los insectos y los animales montaraces completaban el bizarro cuadro. Un cálculo conservador menciona la muerte violenta o por enfermedad de aproximadamente cinco mil gambusinos en muy pocos años. Ciertamente la fiebre del oro activó la econo-

mía continental y fue el origen de algunas fortunas, pero el perfil del paraíso en la Alta California tuvo un lado oscuro, desequilibrado y cruel.

Finalmente, la memoria escrita de aquel desastrado viaje, la crónica de ese tremendo año y medio de reveses, fue la huella del destino de don Justo Veytia. Regresó a Guadalajara en agosto de 1850. Con las manos casi vacías: sin oro, pero con un cuaderno de notas de gran valor. Por él sabemos más del costo en sangre de la fantasía de El Dorado.

Pero valioso también para su historia personal. Son testimonio de un voluntarioso sobreviviente. Las rudezas se desdoblaron en lección para los suyos, en herencia con fines didácticos que enseñaría que nada es peor que las malas aventuras lejos de la familia y de la tierra natal. Urdió una maravillosa épica ejemplar: sin que se lo propusiera entonces, en el diario transmitía una moraleja: era preferible la sobriedad local que la promesa de riquezas que nunca llegan. Aprendió ese secreto después.

Los textos que con adivinado celo ordenó y cuidó fueron el verdadero tesoro que de la Alta California llevó Justo Veytia a Guadalajara. La rica herencia a sus hijos y nietos son los escritos que reflejaron la estatura del hombre, puesta a prueba y fielmente atestiguada, resultado de una férrea disciplina, más poderosa que la desesperanza que rodeó su factura. Una mala decisión de este insospechado Job tapatío, víctima del entusiasmo engañoso de la fiebre dorada. Pero su testimonio, el paso del tiempo y el recuerdo se convirtieron en orgullo familiar legítimo y en oro puro, de buena ley, para sus lectores modernos.

